

OTTO VAENIUS, *Quinti Horatii Flacci Emblemata*. “Preliminar” de José Lara Garrido; introd. de Paloma Fanconi Villar. Universidad Europea-CEES Ediciones, Madrid, 1996; xxix + 214 pp. (*Una elección que se llama Europa*, 1).

El flamenco Otto van Veen (1558?-1629) o, latinizado, Otto Vaenius, después de estudiar dibujo y grabado en la Italia manierista, estableció a fines del siglo xvi en Amberes un taller o estudio, y entre 1596 y 1598 tuvo entre sus discípulos a Rubens. En 1607 imprimió sus *Quinti Horatii Flacci Emblemata*, serie de 103 grabados en cobre acompañados de otras tantas páginas que exponen el mensaje de moral estoica encerrado en ellos. En 1612 imprimió una segunda edición con los mismos 103 grabados (páginas impares) pero con cambios en la parte literaria (páginas pares). El volumen que tengo a la vista es un facsímil muy pulcro, e impreso en excelente papel, de esa segunda edición.

El género “emblema”, lanzado a comienzos del siglo xvi por Andrea Alciati, daba aún señales de vida a fines del xvii (testigo el *Nep-tuno alegórico* de Sor Juana), perduración fácil de explicar: fue un género intelectual, refinado, aristocrático, eminentemente humanístico, a salvo del desgaste de la vulgarización. Y los *Emblemata* de Vaenius aparecieron justamente en los años de mayor actividad emblematística.

En su brevísimo prólogo dice Vaenius que la esencia del emblema está en el horaciano *ut pictura poesis*. Su “mensaje” va destinado simultáneamente a los ojos (*pictura*) y a los oídos (*poesis*), y por eso Vaenius se dirige *lectorí seu spectatori*. El emblema consta de dos mitades que deben ir *juntas*. Es preciso que el pintor o grabador asimile perfectamente la enseñanza del texto literario. Lo distintivo de estos *Emblemata* es que Vaenius se ha hecho cargo de *las dos mitades*: él ha seleccionado las 103 máximas —“La filosofía es maestra de la vida”, “El vicio es una esclavitud”, etc.— y las ha desarrollado a base de muy diversos pasajes de odas, sátiras y epístolas de Horacio, lo cual indica una lectura muy asidua. Vaenius, en efecto, no era sólo un artista sino también un intelectual, miembro del círculo de Justo Lipsio, el gran cristianizador del estoicismo de Séneca, el Erasmo de la Contrarreforma. (Cf. RAIMUNDO LIDA, “De Quevedo, Lipsio y los Escalígeros”, *Letras hispánicas*, México, 1958, pp. 157-162.)

No soy quién para opinar acerca de los grabados (pero digo que me parecen bellísimos). La *mitad* literaria tiene un formato fijo. En la parte superior de la página están las “enseñanzas morales” de Horacio, reforzadas a menudo con citas de gran número de autores *antiqui* (Cicerón, Valerio Máximo, Juvenal, Plutarco, etc., con marcado predominio de Séneca) y de sólo dos *moderni*: Erasmo y Lipsio. Esta porción, en latín, hubiera bastado para cumplir con las leyes del emblema. El resto de la página es una supererogación, un lujo. Con-

tiene explicaciones de los emblemas en versos españoles, italianos, franceses y flamencos. Salta a la vista el papel preeminente del español (si muestra sincera de lealtad a la monarquía española, o más bien adulación, o simple gesto político, no sabría decirlo). El texto español no sólo está a la cabeza, sino que goza de mayor espacio que los demás. Y tiene otro privilegio: mientras el texto italiano está siempre en una *ottava rima*, el flamenco en dos cuartetas y, de los dos textos franceses, uno en un *huitain* y el otro en cuatro *alexandrins*, el autor de los versos españoles —llamado Diego de Barrera— emplea nada menos que doce variedades métricas: predominan el soneto y el madrigal, pero hay hasta endecasílabos de rima interna y coplas de ocho versos en el viejo verso de arte mayor.

Este honrosísimo lugar que da Vaenius a la lengua española es sin duda lo que ha motivado la reimpresión facsimilar de los *Emblemata*. Una institución llamada “Universidad Europea de Madrid-CEES” inicia con este volumen su serie *Una elección que se llama Europa*. (Serie en la cual no entrará seguramente un libro impreso también en Amberes en 1609, o sea entre la 1ª y la 2ª ed. del de Vaenius: los *Apophthegmata graeca, latina, gallica, hispanica* collecta a Gerardo Tuningio, donde el español está en la cola.) No hubiera estado de más una noticia, siquiera escueta, acerca de lo que es y se propone esa Universidad Europea de Madrid (¿de Madrid para distinguirla de otras universidades europeas de Barcelona, de Lugo, de Granada? ¿o bien de Londres, de Budapest, de Riga?). Si entiendo bien lo que se lee en el “Preliminar” y en la Introducción, su quehacer consistirá en afirmar la “vocación europeística” de España. Europa es algo único —se nos dice— porque “posee en exclusiva la latinidad”, o sea la *gran Cultura*, y la posee en un *hic et nunc* entrañable, “no como un pasado muerto ni un legado fósil”. ¡España es miembro de un *corpus mysticum* que va de Reykjavik a Istambul, y de Perm a Cabo São Vicente! Esta ufana exaltación de *l'Europe aux vieux remparts* me recuerda algo que leí hace más de cuarenta años en un libro de Luis Díez del Corral intitulado *La función del mito clásico en la cultura contemporánea* (Madrid, 1957): que los mitos helénicos y romanos pertenecen exclusivamente a Europa y son una riqueza “no expropiable”. Y pienso lo mismo que pensé al reseñarlo en *NRFH*, 14 (1961), 388-389: esa “mística de la europeidad”, exaltada hasta las nubes, adolece de cierta pequeñez o mezquindad. Un Darío, un Reyes, un Borges —para poner tres ejemplos de la porción hispanohablante de América— están, según eso, incapacitados para pertenecer al *corpus mysticum*: podrán tener acceso a la *gran Cultura*, pero no les será dado vivirla; en ellos, fatalmente, será “legado fósil”. Es una visión estrecha, o sea provinciana.

En realidad no hacía falta anteponer a esta reimpresión facsimilar de los *Emblemata* de Vaenius ninguna ponderación del papel de

España en la cultura europea. Los helenistas y latinistas españoles de nuestros tiempos están a la altura de sus colegas del resto de Europa (y de los Estados Unidos). Parece haber vuelto la era de Lorenzo Palmireno, de Antonio Agustín, de Pedro Juan Núñez, del Bronce, de Arias Montano, destacadas figuras —para no hablar de Vives, de Servet, de Juan de Valdés— de esa *confederación* europea que fue el humanismo. Claro que entre un florecimiento y otro hubo en España, a partir de Felipe II, un hiato de siglos, y que la *gran Cultura* —filología, filosofía, ciencias— se asentó durante esos siglos en Francia, en Italia, en Inglaterra, en Holanda, etc. El vergonzoso atraso trisecular de España (metrópoli + colonias) es algo que tuvo lugar: ninguna retórica podrá borrarlo de la historia. Me permito remitir a mi artículo “Para la historia de la tipografía griega en España”, en el *Hommage à M. Bataillon* de la *RLC*, 52 (1978), 233-244.

Pero hay algo que no puedo dejar en silencio, y es cómo, en estos tiempos de tan buen nivel “europeo” de la cultura española, quien firma la Introducción de los *Emblemata* (en nombre del Departamento de Filología Española de la Universidad Europea de Madrid-CEES) da muestras impresionantes de incultura. La cruda realidad de estas páginas está en el polo opuesto de la ideal “vocación europeística”. Un ejemplo, hacia el principio: “Los orígenes de la literatura emblemática se remontan a los *Hieroglyphica* de Horapolo. No se conoce el texto original de este autor”. Tras algo así esperamos alguna aclaración: ¿de qué época es “este autor”? ¿en qué lengua estaba ese “texto original”? (¿en egipcio faraónico?), pero nos quedamos con la duda. El caso es que dicha “traducción” fue impresa en 1505 por “el famoso editor humanista Manuncio”.... ¡Sí, *Manuncio!* Por lo demás, en la historia breve que se cuenta en seguida debiera figurar, y con honores, un español de estatura europea, Lorenzo Palmireno, que en Valencia, 1556, hizo una nueva edición griega de los *Hieroglyphica* (cf. E. LEGRAND, *Bibliographie hispano-grecque*, New York, 1915-1917, núm. 173); pero la autora de la Introducción no parece tener noticia de Lorenzo Palmireno. Asimismo, tras la *laus latinitatis* de Lara Garrido, resultan especialmente bárbaros los dislates de la Introducción. La autora, aficionada a citar cosas en latín, constantemente las cita mal: dice *Hipnerotomachia Poliphilii* en vez de *Hypnerotomachia Polyphili*, “versibus latinis et gaellicis expressa” en vez de “... et gallicis expressa”, “Vita D. Thomas Aquinitatis” en vez de “D. Thomae Aquinatis”, y “Bravatorum cum romaniis bellum” en vez de “Bataavorum cum Romanis”... Podría pensarse que en la lista final de los 103 emblemas no había posibilidad de equivocación, pues sólo se trataba de copiar uno por uno los “motes” o títulos. Pero es donde más se concentran las erratas. He aquí los cuatro primeros títulos (la errata va entre paréntesis): 1) “Virtus inconcussa” (*inconcusa*); 2) “Virtutis gloria” (*Virtus*); 3) Naturam Minerva

perficit” (*perfecit*); 4) “Virtus immortalis” (*immortalis*). El quinto título, “Virtuti sapientia comes”, falta en la lista (como faltan también “Festina lente” y “Morte linquenda omnia”).

No sé si han aparecido otros volúmenes de la serie *Una elección que se llama Europa*. Ojalá sean mejores que el primero. Y se me ocurre sugerirle a la Universidad Europea de Madrid la publicación de dos grandes testimonios del papel de la lengua española en la coyuntura europea de hacia 1550-1650, dos libros que, complementando la labor de las gramáticas y los diccionarios, enseñaban a los europeos a hablar español, a dialogar en español, a contar cosas en español: los *Diálogos de apazible entretenimiento* y las *Rodomontadas españolas*. (Es verdad que en éstas se presenta a los españoles como muy fanfarrones, pero la sátira es la mejor prueba de que España, en esos tiempos, *pisaba fuerte*.)

ANTONIO ALATORRE
El Colegio de México

JAVIER GONZÁLEZ ROVIRA, *La novela bizantina de la Edad de Oro*. Gredos, Madrid, 1996; 423 pp. (BRH, 394).

La novela bizantina es, a la par con los libros de caballerías, uno de los géneros literarios con más vida en las letras del Siglo de Oro. Fijan su origen *Las etiópicas* de Heliodoro, seguidas de la *Historia de los amores de Clarea y Flerisea* de Núñez de Reinoso y de la *Selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras. Lope de Vega consagra el género con *El peregrino en su patria* y, sobre todo, Cervantes en *Los trabajos de Persiles y Segismunda*. Con *El Criticón* de Gracián y el *León prodigioso y Entendimiento y verdad* de Cosme Gómez Tejada la novela bizantina se acomoda a la obsesión ético moral de su tiempo. Y pese a las múltiples irradiaciones en otras formas narrativas, a modo de alusiones, referencias, notas a pie de página, su estudio (a excepción de la obra de Gracián) goza de escasa atención crítica. Un género, diríamos, al margen del canon, en palabras de González Rovira, “escasamente atendido por la crítica”. Lo que fue en un principio una tesis doctoral de más de mil páginas, se convierte en una “síntesis de síntesis”; es decir en una monografía limitada a un período concreto: la Edad de Oro. Y tal vez mejor así. Uno se pregunta sobre la viabilidad de esas voluminosas tesis doctorales que, con frecuencia, aportan en un buen número de sus páginas trabajos de acarreo. Distorsionan el esquema de la monografía que dice precisamente lo esencial.

De hecho, este libro deja entrever el texto previo: la tesis doctoral. Se divide en dos partes. La primera traza las características del